



Para la humanización de la salud y el sufrimiento

Con motivo de este Viernes Santo, compartimos esta reflexión del Pbro. Silvio Marrinelli:

“Así lo quiere Dios”

Ésta es una expresión que se oye de la boca de algunas personas.

Quien usa esta expresión, lo hace con actitudes muy diferentes que van desde un fatalismo acrítico hasta una fe profunda.

El fatalismo tiene un matiz casi supersticioso o mágico. Parece proponer la idea de un mundo como un escenario en el que Dios se mueve con un poder despótico y ciego. Al hombre no le queda otra cosa que ceder a esta fuerza: se podría llamar destino, suerte o Dios, en realidad no cambia nada. El hombre es como un títere destinado a sufrir la acción de Dios, sin poder hacer nada para contrastarla. Ni siquiera puede cuestionarse sobre el porqué: Dios así lo quiso, y basta. ¿Has perdido a un ser querido? ¿Estás desempleado y tu familia pasa por una mala racha? ¿Tienes un hijo que ha tomado un mal camino? ¿Cómo escapar a la fuerza ciega del destino? Dios así lo ha establecido. Y “así lo ha establecido” también cuando acontece algo positivo y hermoso; sin embargo, tal vez en estos casos Dios no nos viene a la mente: se disfruta lo que acontece. Detrás de este modo de evaluar los acontecimientos de la vida encontramos una idea de Dios como de un poder anónimo y lejano, para el cual la vida humana personal no tiene valor. Dios es el fuerte y el hombre, frente a Él, no puede hacer otra cosa que aceptar lo que es su voluntad.

Muy diferente es la actitud de quien pronuncia esta frase desde una fe personal profunda y convencida. Los creyentes saben que Dios está presente en la historia humana y en la vida de las personas, pero no como un poder caprichoso que hace suceder lo que se le antoja. Si se desata una guerra, quien tiene fe sabe que no es culpa de Dios, sino de los hombres que han desatado los conflictos y no saben cómo resolverlos pacíficamente.

Cierto que Dios está presente en la historia humana, pero en el respeto de la libertad de los hombres y de sus responsabilidades. Dios está presente porque en el sufrimiento de quien es golpeado por la guerra, privado de su casa, de sus seres queridos y sus bienes, Dios está presente y en ellos y con ellos continúa a sufrir, a morir, a ser prófugo y a estar en cuarentena

...

Y si una enfermedad grave nos afecta y es fuente de toda una serie de otros sufrimientos, como creyentes sabemos que no es Dios quien lo quiere. Nos enfermamos porque nuestro cuerpo es frágil, porque no conocemos bien, lamentablemente, la acción de virus y microbios, porque el dolor y la muerte son parte de la existencia humana, porque tomamos decisiones equivocadas. No es Dios quien nos hace enfermar. Quien cree en Dios, sabe que Él nos ama y quiere sólo nuestro bien, pero en el respeto de la libertad de las personas y de las leyes de la naturaleza. Dios no es una divinidad cruel, sino un Padre que nos ama.

La vida de Jesús confirma esta reflexión. Jesús no muere porque Dios lo ha abandonado, sino porque el poder religioso y político lo han condenado; la condena de Jesús lleva la firma de personas bien identificadas. El Padre nos lo ha “entregado”, a nosotros, a toda la humanidad, por amor; su historia, sin embargo, se desarrolla dentro del juego – trágico - de las libertades y responsabilidades humanas.

En la expresión “Así Dios lo quiere” o “lo quiso” se determina nuestra idea de Dios. ¿Creemos en un Dios que entra de manera arbitraria en la historia humana y personal? ¿o en un Dios que no nos abandona nunca, pero dentro del desarrollo de los acontecimientos y de las leyes de la naturaleza? ¿Un Dios destino misterioso o un Dios amante de sus hijos especialmente



Para la humanización de la salud y el sufrimiento

cuando son golpeados por sucesos dolorosos?

En el Padre Nuestro, pedimos que se haga la voluntad de Dios. En el transcurso del tiempo y de la cultura cristiana de la mayoría de las personas, esta expresión conlleva un sentido de sumisión y de resignación. Parece una invocación para decirle a Dios que estamos preparados para aceptar todo lo que quisiera enviarnos. Pero, si pensamos mejor, la voluntad de Dios – según la idea de Jesús, nuestro maestro – es el deseo más hondo que debemos tener: pedir que se haga su voluntad es la invocación gozosa de los hijos que quieren participar a la voluntad de bien del Padre: "... me ha enviado a llevar la buena noticia a los pobres, a proclamar la liberación a los cautivos, la vista a los ciegos, a dar la libertad a los prisioneros" (Lc 4, 18).

Dios quiere que nos sintamos amados por Él, que los pequeños se sientan bienvenidos y apreciados en este mundo, que los que sufren no se sientan solos y sean cuidados, que todos los que sufren puedan vivir su vida con gozo, sentido y amor.

Pedir al Padre que se haga su voluntad, no es una petición de sumisión: es la oración de quien quiere compartir la voluntad de bien del Padre. Y cuando nuestra voluntad se aleja del surco de la voluntad del Padre, le pedimos que nos perdone, que no nos permita caer en la tentación y que nos libre del mal. La mayor tentación, tal vez, es pensar que el mal sea obra de Dios y de pensar que Él nos haya abandonado en el momento del peligro, del dolor y de la prueba.

Frente a los acontecimientos dolorosos estamos llamados a cuestionarnos sobre nuestra fe (¿en qué Dios creemos?) y cuál es el mensaje de Dios que podemos desentrañar del caos de nuestra existencia.

Tal vez, el sentido más profundo de nuestra existencia consiste en enfrentar los momentos oscuros y tenebrosos (las "cañadas oscuras" del Salmo 23) como una invitación a un amor más grande, a una entrega que desafía nuestra pereza y comodidad. La voluntad de bien de Dios se transforma, entonces, en nuestra decisión: hacer prevalecer el bien, sobre todo y a pesar de todo.

Dios no cambia y no deja de querer el bien; y en las elecciones positivas y constructivas de sus hijos encontramos el testimonio que Él es amor y no deja de afianzar nuestra vida, también cuando estamos en la prueba.